

Como citar este artículo:

Mejía Giraldo, Juan Pablo. (2013). Reflexiones psicológicas en torno a la estructuración anímica de un joven excombatiente en Colombia. *Eleuthera*, 9(2), 59-74.

REFLEXIONES PSICOLÓGICAS EN TORNO A LA ESTRUCTURACIÓN ANÍMICA DE UN JOVEN EXCOMBATIENTE EN COLOMBIA*

PSYCHOLOGICAL REFLECTIONS ABOUT THE EMOTIONAL STRUCTURE OF A YOUNG EX-COMBATANT IN COLOMBIA

JUAN PABLO MEJÍA GIRALDO**

Resumen

El presente texto intenta generar nuevas reflexiones con respecto a la estructuración anímica de niños, niñas y jóvenes excombatientes de grupos armados ilegales en Colombia. La ruta de desarrollo está marcada por la historia de uno de los jóvenes que en el texto se presenta como Santiago, a la cual se le realiza un análisis clínico con el fin de exponer algunas de las dinámicas anímicas en jóvenes excombatientes. Finalmente, se presentan algunas consideraciones sobre lo que afronta dicha población en contextos de inclusión social. Los planteamientos aquí expuestos se formulan a la luz de la psicología analítica tratando de mostrar cómo las fracturas en la función erótica impulsan una necesidad de reconocimiento que se ejerce mediante el poder.

Palabras clave: defensa maniaca, función simbólica, función erótica, función de poder, vínculos afectivos.

Abstract

This text intends to create new reflections related to the emotional structure of Colombian illegal armed groups' ex-combatant children and youngsters. The study is developed based on the story of one of the youngsters who in this paper is referred to as 'Santiago'. A clinical analysis is conducted on his case in order to expose some of the emotional dynamics in young ex-combatants. Finally, some considerations are presented regarding the circumstances that they have to face when it comes to social inclusion contexts. The proposal presented here is expressed under the light of analytical psychology in an attempt to prove how the fractures in the erotic function motivate a need for acknowledgment enforced by power.

Key words: manic defense, symbolic function, erotic function, power function, affective bond.

* El presente artículo de reflexión nace gracias al interés para optar al título de Magister en Psicología Clínica mención psicología analítica. La mayoría de sus reflexiones se gestan en compañía del Semillero de Investigación: Niñas, Niños y Jóvenes Desvinculados del Conflicto Armado. Además, se fundamenta en el ejercicio de la psicología en el programa Hogar Tutor de la ciudad de Manizales durante los años 2008-2010.

** Psicólogo. Magister en Psicología Clínica mención psicología analítica. E-mail: Juan.mejia@ucaldas.edu.co

Introducción

Entrar en contacto con niñas, niños y jóvenes excombatientes del conflicto armado en Colombia es una experiencia que exige una apertura de difícil alcance pero que amerita los mayores esfuerzos. Tal vez el primer esfuerzo al que se enfrenta la psicología ante dicha experiencia es la de escuchar una historia tan vívida de conflicto. La escucha es difícil y angustiante porque de inmediato nos remite al abandono como experiencia de vida, exigiendo una comprensión empática con este complejo emocional que parece no ser tan significativo en sus narraciones, y es, tal vez, esta sensación de vacío e insignificancia lo que inquieta a quien escucha. Es verdad que sus historias las podemos ordenar didácticamente en un antes, durante y después, pero en la realidad anímica estos límites se desdibujan y se entremezclan dejando una sensación de anonimato tras la narración. En última instancia persiste la pregunta por el acontecer anímico de niñas, niños y jóvenes excombatientes.

La sola “desvinculación” de niñas, niños y jóvenes del conflicto armado no repara los tejidos anímicos que allí se han hecho y deshecho, tampoco el restablecimiento de los derechos por sí mismo penetra en este acontecer anímico aunque evidentemente influye. La falta de reflexión y escucha frente a estas historias lleva a suponer un proceso basado en el “triumfalismo” que abandona la realidad anímica de jóvenes excombatientes, estimando que bajo situaciones muy adversas en la infancia han logrado y deben lograr “salir adelante” sobre escenarios de mayor diversidad social. La no poca reincidencia de jóvenes en grupos armados delincuenciales, prostitución, cultivo ilícito, sería prueba suficiente para dudar de aquel “triumfalismo” tan ideal que poco escucha la cruda realidad de esta población en Colombia.

En virtud de lo anterior, el presente texto pretende aportar elementos para apoyar una escucha alternativa, que busca abrirse al acontecer anímico de niñas, niños y jóvenes excombatientes, no con la pretensión de “caracterizarlos” anímicamente, sino por el contrario, generar nuevas reflexiones que permitan rutas de investigación para ampliar la comprensión de tan complejo fenómeno. Busca, además, sensibilizar frente a una problemática que no puede ser menos que escuchada y atendida.

La reflexión se encuentra dividida en dos amplios momentos. El primer momento, el “Análisis clínico a las memorias de un joven excombatiente”, donde se pretende rastrear algunos elementos anímicos y girar en torno a ciertos nudos emocionales que comienzan en la infancia, correspondiente a un subcapítulo denominando “Estructuración anímica”, y continúa con otro subcapítulo denominado “El paso al grupo armado”; ambos pretenden rastrear el acontecer anímico en las memorias de este joven excombatiente. El segundo momento se denomina “Consideraciones generales con respecto al tránsito a la vida cívica”, el cual pretende formular algunas consideraciones generales.

Análisis clínico a las memorias de un joven excombatiente

A continuación se presenta una lectura clínica desde la psicología analítica a las memorias de un joven excombatiente (Santiago), estas son publicadas en un libro que él llamo *Nacido para triunfar*. Esta publicación se realiza en el marco del proyecto Hogar Tutor. El libro se compone de cinco capítulos: primero “Algo en común de ti y de mí en nuestra niñez”, segundo “De la mano de Dios grande”, tercero “La búsqueda de la libertad, responsabilidad en el programa”, cuarto “Seguridad en cristo” y quinto “Reflexionando y realizando”. La reflexión se concentra en los dos primeros capítulos del libro de Santiago, en donde se narra su historia infantil y su paso por el grupo armado. Ambos capítulos de su historia son retomados aquí para ampliarlos desde una mirada analítica: el primero llamado “Estructuración anímica”, en donde se alude a las experiencias familiares de Santiago y la estructuración anímica que desde allí comienza su levantamiento. El segundo llamado “El paso al grupo armado”, en donde se reflexiona su estructuración anímica bajo el amparo de un grupo armado ilegal.

Es importante aclarar que Santiago escribe su libro cuatro años después de su desertión del grupo armado, mostrando cómo algunas de sus experiencias han pasado por elaboraciones anímicas importantes.

Estructuración anímica

Cuenta mi hermana que cuando yo tenía más o menos tres años mi padre se fue dejando a mi madre enferma de cáncer en la matriz. Un año después mi madre murió, nosotros éramos más o menos 13 hermanos, no sé en realidad cuántos éramos exactamente. Sin embargo nosotros, con la muerte de mi madre nos esparcimos, dos se ahogaron en el río Putumayo, otros los recogió una señora de esta zona, que tenía una bomba de gasolina. (Santiago, 2007: 21)

A lo largo del primer capítulo dedicado a su infancia, no es difícil encontrar narraciones como esta en las que puede observarse que los cuidados infantiles, en general, no lograron ser satisfactorios en términos de sus necesidades anímicas. Así como la historia de Santiago, es frecuente encontrar en las historias de vida de otros jóvenes que han hecho parte del programa, condiciones similares donde se manifiesta claramente que la pobreza y el abandono se presentan desde la más temprana infancia. Sus vidas se desarrollan en zonas permeadas por el conflicto bélico y algunas incluso son víctimas del desplazamiento forzado. En todos los casos, los grupos armados tanto legales como ilegales tienen una participación activa en las zonas rurales de los lugares de procedencia.

No es difícil suponer que estas primeras relaciones son determinantes en la estructuración anímica de cualquier persona y sin embargo, es importante conocer cómo se tramitan y qué implicaciones tienen dichas experiencias cuando los recursos ambientales han fallado prematuramente. Al respecto Jung dice:

[...] estos niños padecen de una necesidad casi orgánica de algo que para todo niño es una necesidad vital: la atención de sus padres, en especial de la madre, su verdadero “nutrimento” psíquico [...] desarrollan una actitud desconsideradamente egoísta, egocéntrica y sobremana despiadada, con la finalidad inconsciente de concederse a sí mismo eso que sus padres le negaron. (Jung, 1978: 22)

En el contexto de las relaciones tempranas, se observa que la nascente estructuración de la personalidad requiere cuidados fundamentales que se encuentren al servicio de sostener la vida, no solamente por la fragilidad con la que cuenta este despertar de la consciencia, sino además, porque constituye la recepción que el entrono ofrece como bienvenida. En inicio, lo que busca la consciencia en nacimiento es a otros que posibiliten su existencia, reclama permanentemente a otros para que le inicien en un proceso de humanización y simbolización. De esta experiencia caracterizada por el binomio cuidador-cuidado, se desprenderán bosquejos de ulteriores cuidados frente a otros y frente a sí mismo; allí se experimenta el cuidado más filial y por lo tanto de mayor supervivencia.

Tal experiencia puede ser caracterizada como erótica, en el sentido de trenzar anclajes y relaciones, necesidad permanente de simbolización por medio de otros que actúen como reflejo. Experiencia que provee a la personalidad de cierta confianza para vivenciar la multiplicidad de emociones que estrujan la consciencia. La función erótica de esta primera experiencia consiste en vincular. Se aclara que no se alude aquí a una exclusiva forma de cuidado, remite, más bien, a la curiosidad que se despierta en quien cuida y en quien es objeto de tales cuidados por conocerse mutuamente, curiosidad que bien puede ser satisfecha de distintas formas.

Eros es también una fuerza, un poder, que aglutina elementos del mundo intrapsíquico. Cuando se habla de Eros, generalmente lo percibimos como aquel que nos conecta con el medio ambiente y con nuestras amistades, o como el poder que une por ejemplo, a esposo y a esposa, a padres e hijos, etc. Como fuerza intrapsíquica, Eros afecta la conexión entre los elementos de nuestra psique, entre nuestros complejos. Ya no vemos a la psique como entidad indivisible, sino como algo parecido a una nación, por ejemplo, con una interacción entre varios grupos y fuerzas. (Guggenbühl-Craig, 1980: 87)

Como vemos en la narración de Santiago, su historia comienza con el abandono y la frustración que logran ser recuperados como recuerdos gracias a lo contado por su hermana. Tempranamente los cuidados no lograron ser suficientemente sostenedores cayendo en una desintegración bastante prematura y prolongada. Nos cuenta Santiago cómo su familia se desperdiga y en ello parece mostrarnos cómo se “esparcen” elementos anímicos de su personalidad, con brusca claridad se evidencia que sus experiencias iniciales no logran servir de amarre a la personalidad en desarrollo, frustrando conexiones emocionales y patrocinando la disociación anímica. No se presenta una contención familiar que logre reintegrar todos aquellos elementos anímicos, lo que amenaza la sensación de unidad que requiere todo infante en los primeros años de vida para el desarrollo.

Ahora bien: ¿Qué ocurre entonces cuando esta función falla y se queda en una literal orfandad anímica? ¿Cómo se supera aquella falla tan prematura? Después del esparcimiento familiar Santiago parece asumir una posición de alerta, pasa de familia en familia que conoce relativamente y empieza a asumir una posición de “travesío” con respecto a su entorno, indicando el carácter de travesía que desde ya se divisa.

Santiago no cuenta con recursos ambientales que permitan la asimilación de la experiencia disruptiva, sus esfuerzos se ven concentrados en superar dicha experiencia despertando un posicionamiento de alerta en constante vigilancia, acudiendo a dos recursos imprescindibles, que tiene como disponibilidad anímica; la fuga y la huida se convierten en reacciones valiosas y sobre todo, necesarias.

[...] decidí volarme e irme donde nadie me molestara, me sentía tan desgraciado, pensaba que al irme sólo se me acabaría el poco sufrimiento que había tenido hasta ese momento. Así comencé a talar monte [...]. (Santiago, 2007: 22)

Esta es la primera narración que se encuentra en el texto de Santiago acerca de una “evasión”, en principio es interesante resaltar que él decide volarse para no soportar tantas molestias por parte de su entorno, además, supone que la huida puede librarlo del sufrimiento. También llama la atención la sensación de desgracia que percibe. En este párrafo, Santiago hace lectura por primera vez, después de haber contado sus desventuradas experiencias infantiles como si fueran descripciones ajenas, de lo que siente y lo que percibe acerca de sí mismo, (cabe resaltar aquí un elemento importante, puede llamarse temporalmente función de cuidado a esta evasión que actúa como estrategia, en tanto se hace de un experiencia una observación que implica el reconocimiento de un substrato emocional, este reconocimiento permite una mayor integración de contenidos anímicos). Que la huida y las percepciones de sí mismo se encuentren juntas en el texto no es ninguna casualidad, por el contrario, la percepción de sí mismo antecede a la huida, busca nuevos escenarios que le provean de una mayor seguridad y confianza.

No hay que olvidar que Santiago huye por una amenaza que considera insoportable, pero, al mismo tiempo, la huida no lo convierte en un cobarde, por el contrario, le enseña de las habilidades para defenderse por sí mismo. Así se observa que la huida sirve como estrategia ante amenazas, pero además, la lucha sirve como estrategia de afrontamiento. Cuando se huye, la búsqueda de nuevos escenarios activa inmediatamente la lucha, de la cual debe servirse para afrontar las nuevas condiciones ambientales.

En la siguiente narración se muestra claramente la necesidad y el modo en que Santiago realiza tal huida y evasión, puede verse cómo sus experiencias sobrepasan su capacidad de asimilación:

[...] en esos días empecé a oler gasolina, porque miraba muñequitos y me olvidaba de las jueteras zampadas, y tal vez porque me perdía y no sabía lo ocurrido, necesitaba estar en un ambiente donde nadie me dijera lo que tenía que hacer, donde nadie me pegara que no fuera de mi misma sangre (cuando era muy pequeño, mis hermanos me habían enseñado a oler gasolina, por eso tenía ese resabio a pesar de las pocas vivencias con mis hermanos; siempre compartíamos cosas que aún no logro acordarme por la corta edad que tenía, sólo les aseguro que eran los más traviesos de la región). (Santiago, 2007: 21)

Al acontecer una experiencia que trasciende la capacidad egoica para simbolizar, el ego se ve sobrecargado y extralimita sus capacidades, esto constituye una amenaza directa a la supervivencia. En tales casos, la totalidad anímica, en aras de la sobrevivencia, comienza una movilización de defensas para hacer frente a tan disruptiva experiencia. Dichas defensas cohesionan de manera primaria la “dispersión” de elementos en una relativa coherencia anímica, formando lo que en psicología analítica se conoce como complejos. Es posible entender los complejos anímicos como la capacidad de contención y sujeción de elementos con una fuerte carga emocional que no lograron ser tramitados por el ego, en el medio ambiental, con un otro receptivo. Quedan a merced de factores inconscientes de donde el ego poco o nada reconoce. Los complejos son anudamientos significativos de la experiencia que por su masiva carga emocional no logran ser asimilados por el ego.

Así entonces, la recursividad interna se expresa mediante defensas bastante primitivas y con muy poco grado de elaboración, llevan ante todo un afán de salvaguardar de la disociación anímica e imposibilitan mayores grados de elaboración. Estas buscan conservar una relativa coherencia de identidad y sentido para el ego so pena de condenar ciertos elementos al destierro, no obstante, la identidad del ego se asienta con bastante fragilidad, o mejor dicho, sobre un tejido vinculante demasiado frágil y débil. Se levanta una defensa que cubre una experiencia dolorosa, intolerable e intramitable para las inmediatas capacidades del ego, se

des-afecta así la experiencia traumática y la condena a una existencia inconsciente que toma un curso defensivo. La razón por la cual la defensa no desaparece después de la eventualidad traumática, es por lo imprescindible que se vuelve en el desarrollo, pasa a remplazar lo que ambientalmente resulta insuficiente.

Las heridas de la función erótica en Santiago salen a la luz cuando nos cuenta de su sensación de “pérdida”, de incompreensión y aún más de su abandono durante sus primeras experiencias de vida. En condiciones saludables (vínculos que se afianzan y permiten tolerar progresivos desprendimientos), se logran elaborar experiencias traumáticas a través del juego, esta es una actividad confiable donde se personifica y tramita el mayor acontecer anímico y en tales casos el juego posibilitará un mejor desarrollo de actividades creativas y culturales.

Ahora bien, en Santiago, este no fue el curso que en sus primeros años tomó su actividad lúdica debido a la ausencia de un espacio confiable. El juego es suplantado por el consumo de gasolina y alcohol y con ello sostiene la disociación anímica y acentúa las medidas defensivas (huida y evasión); en este sentido, cada vez que aparece la sensación de vacío y angustia que deviene mediante la experiencia de abandono, de la cruda ausencia de un otro receptivo frente a sus necesidades, incapaz de erotizar en el vínculo, se toma la vía de la intoxicación para defender al ego de su asimilación y esta forma de defensa sigue un curso repetitivo. La disociación cumple funciones importantes, por un lado, posibilita la huida y la fuga frente a una sobrecarga emocional, por el otro, patrocina la lucha que debe darse para continuar el curso de su estructuración. Ahora, lo anterior no quiere decir que Santiago en esa época no tuviera actividad imaginal, por el contrario su intoxicación, como dice él, le permitía ver “muñequitos”. Se comprende de ello que en lugar de cumplir una función trascendente, es decir, vinculante y transformadora, lo imaginal se encuentra, en este punto, al servicio de la defensa, de la supervivencia psíquica.

Se observa cómo ante la amenaza Santiago huye, entra en escenarios donde el otro requiere ser fantaseado, alucinado, para sentirse en mayor confianza. Requiere de otros diferentes de aquellos con los cuales cuenta en el entorno inmediato.

Vemos cómo en Santiago se comienza a levantar una fuerte defensa que surge de vínculos inseguros y en extremo amenazantes. Relata en sus memorias cómo no necesitaba de nadie para su desarrollo, pero entre paréntesis, narra los recuerdos de su sangre, de sus hermanos esparcidos, de su interrumpida y vaga experiencia familiar. Podemos entender estos recuerdos como la sangre que todavía corre por su cuerpo y que le permite continuar en vida, son elementos psíquicos que logran ser recuperados y muestran la conservación de algunos vínculos importantes, de un “compartir” como el mismo lo nombra, que merecen ser preservados como elementos saludables y confiables, frente a los cuales podría reconocer una orientación; “donde nadie me pegara que no fuera de mi misma sangre”.

Encontramos aquí un ego que poco cree necesitar de los vínculos, requiere menos del otro y más de su capacidad de supervivencia:

[...] yo era un diablo de pequeño, no me daba miedo nada y sabía muchas cosas y mañas a pesar de mi corta edad; mi primo lloraba pidiendo a su mamá, yo le decía que eso no era nada para consolarlo. (Santiago, 2007: 26)

Así, Santiago empieza a consolarse a sí mismo y consuela a otros, la experiencia ha pasado al lugar de la nada, de lo insignificante pero también de lo in-significado, de lo des-afectado, pasa al lugar de las sombras. Vemos cómo acude a él una actividad anímica que le permite sobreponerse a esta experiencia de abandono, que escinde parte de su personalidad con el propósito de proteger la sensación de integración psíquica.

La sombra, es ese aspecto del Self que busca repudiar, relegar y proyectar fuera de sí mismo. Este es un aspecto del Self que se siente como “diabólico” en el sentido de su derivación griega, *dia-ballein* que propone, deshacer o separar, en contraste con “simbólico” que deriva de *sym-ballein* que propone unir. El aspecto diabólico de la psique es esencialmente anti relacional, evita los estados amorosos de la mente y separa la función simbólica de su valor y calidad humana. Este, en cambio, está decidido a conseguir su propio triunfo sobre el otro a través de la destrucción, el desprecio, la separación, la violencia o la muerte [...] lo opuesto al amor. (Solomon, 2007: 161)

Este nuevo influjo que parece denotar todo un gran poder que ha recaído sobre su personalidad y que le confiere cierto sentimiento de omnipotencia, es ciertamente, un bien valioso para la supervivencia anímica. Ante la falta de amparos vinculantes, deviene una carga de energía anímica que busca proteger a favor de la supervivencia; esa carga anímica, toma la forma de héroe guerrero que cuenta con atributos suficientes para llevar tan distinguido nombre. Al parecer presenta facultades que lo promueven a la acción; poco duda, actúa. No presenta mayores consideraciones con respecto a su futuro, busca un triunfo en el inmediato presente.

Encontramos en Santiago una influjo anímico importante que llega a recubrir su identidad, este influjo inconsciente proviene de una disposición arquetípica; esta puede ser entendida como una disponibilidad para la aprehensión de una experiencia que trasciende la capacidad del ego en donde se apela a mecanismos arcaicos de la personalidad, para enfrentar la situación de amenaza; para Sandner y Bebee (1995) los arquetipos se activan en función de las necesidades de la persona, emergen cuando son necesitados por una exigencia de adaptación que no puede ser enfrentada por el ego del individuo.

“[...] he propuesto calificar de *arquetipo* al modo o forma de aprehensión psíquica del objeto” (Jung, 1995: 448), puede ser concebida como una fórmula simbólica que tiende a ocupar la atención humana, son “misterios” a los cuales la humanidad se acerca y alrededor de los cuales gravita desde los albores de la consciencia. La forma de simbolización depende de las experiencias individuales en los contextos de desarrollo. En este caso en particular, la pregunta o el “misterio” que se lanza sobre Santiago de forma altamente prematura consiste en la supervivencia, resulta prematura dado que, como ya se ha mencionado, en condiciones de presentar una vinculación saludable su familia se ocupa de este misterio, dando tiempo para otras ocupaciones. Santiago en cambio, se dedica casi de forma exclusiva a la supervivencia anímica, esto es, una sensación de unidad y continuidad de sí mismo.

Esto relata Santiago cuando se da el reencuentro con sus hermanos, después de haber pasado por distintas experiencias familiares y sociales:

[...] mis hermanos ya estaban en edad mayorcita, estaba el menor de 16 y el otro entre los 18, estaban terminando su bachillerato, lo miraba y me daba envidia pero no demostraba nada, pero la envidia era que ellos tenían lo que yo estaba buscando y no había encontrado; alguien que velara por mí, con amor y que no me usara como herramienta de trabajo. (Santiago, 2007: 33)

Santiago recuerda cómo sus hermanos representaban lo que él andaba buscando incesantemente, pasar de ser una “herramienta de trabajo” a una persona amada y considerada por un otro, lo que acontece en el calor de la función erótica. Poco a poco, Santiago se identifica con un héroe guerrero que cuenta con sus propias armas y armaduras, que presenta una habilidad camaleónica y una extraordinaria capacidad de “acomodación”:

Mas hoy aquel guerrero habla, lo único
Que se le escucha, es que los guerreros
Jamás desmayan, y aunque dura sea la vida
Siempre habrá campo para un momento de gozo.
(Santiago, 2011: 13)

Este guerrero, que se levanta prematuramente bajo experiencias críticas, se acerca peligrosamente a lo que Jung definió como inflación del ego, la cual tiende de forma inconsciente a preservar y garantizar la supervivencia egoica y su cohesión anímica.

[...] cuando la orientación consciente se derrumba, lo sucedido no es cosa baladí. Se trata siempre de un pequeño fin del mundo, en donde todas las cosas retornan una vez más al caos de los

comienzos. Uno se siente expuesto, desorientado, como un navío sin gobierno entregado al capricho de los elementos [...] pero donde en realidad ha vuelto uno a precipitarse es en el inconsciente colectivo que a partir de ahora se hace con el control de la situación. Sería posible reunir un gran número de ejemplos de esta especie, en los que en el momento crítico aparece una idea salvadora, una visión o una voz interior, que con un irresistible poder de convicción confiere un nuevo rumbo a la existencia. (Jung, 1928 [2007]: 185)

La identificación con esta manifestación arquetípica de alguna manera garantizará la supervivencia de ahora en adelante. Es así como se encuentra una capacidad de autovalidación y de autoprotección, que cumple artificialmente las funciones que el entorno no alcanzó.

Se levanta una sensación de poder sobre un eros lastimado. Un poder que hace cumplir lo que de alguna manera le fue negado en su temprana experiencia familiar: el reconocimiento, “el impulso de poder, en efecto, quiere al yo en lo “más alto” en toda circunstancia, sin que importen cuáles sean las vías, ya directas, ya tortuosas, que sea preciso tomar para llegar allí. La “integridad de la personalidad” debe estar garantizada a cualquier precio” (Jung, 1916 [2007]: 46).

El paso al grupo armado

[...] yo les miraba las armas y decía, ¡qué dicha tener un fusil de esos! [...] le dije que me quería ir con ellos. Mi edad en este momento era de doce años [...] me dijo, “¿se quiere ir con nosotros?” yo le dije “sí” [...] entonces dijo: “usted está resignado a aguantar hambre, frío, dolores, regaños, sanciones, madrazos, matar, mejor dicho todo lo malo que pueda existir en este mundo”, yo un poco nervioso por dentro, le dije “sí”. Me dijo, “bienvenido... encontró una familia grandecita”. (Santiago, 2007: 43)

El grupo aparece en la narración de Santiago como una familia, un lugar de afiliación y de vinculación: “yo me iba sintiendo como en familia” dice Santiago un par de páginas más adelante.

La llegada de Santiago al grupo armado representa una orientación, recuérdese en este punto, las palabras de Santiago al decir “donde nadie me pegara que no fuera de mi misma sangre”, en este caso, él se encuentra dispuesto a soportar los maltratos provenientes de esta familia grandecita; es importante recordar, que para Santiago este no es solo un grupo armado con el

cual se encuentra, ha pasado, según su narración, a compartir consanguinidad con el grupo. Tal vez esto sugiera algunas pistas para comprender la “afiliación” con el grupo armado, que se conserva secretamente incluso después de su desertión.

Es posible observar cómo el ego de Santiago se ha “diluido” en un grupo, su individualidad ya no cuenta y todo aquel influjo de lo inconsciente que una vez acudiría a restablecer el traumatismo psíquico, es ahora puesto al servicio del grupo. Recuérdese aquí que el ego se ha identificado defensivamente con el héroe que surge de un fallo en la función erótica y que activa mecanismos en aras de la supervivencia, en cierto sentido, la interrupción de su vida familiar y la falta de quién cumpliera las funciones eróticas, dejan propenso a Santiago para que se adhiera a un grupo que le prometa cohesión anímica, “una familia grandecita” y además donde tenga un lugar este héroe defensivo.

Así, adquiere un alias, un camuflaje, un equipo y un arma que lo uniforma en torno a una sola causa. Se produce un “desplazamiento” en el que sus necesidades confluyen con las del grupo, ahora el grupo se encarga de él, le brinda un sostén y por ello puede jugarse la vida.

Una vez en el grupo, la necesidad de cohesión anímica y los recursos defensivos que llegan en auxilio de la desintegración, son compartidos por la colectividad. El curso de dichas defensas es llevado ahora por el grupo armado. Hay una exigencia menor de elaboración psíquica.

Los mecanismos de contención anímicos que lograban ser llevados con gran esfuerzo en Santiago, ahora pasan a ser llevados y orientados por el grupo armado. Lo que antes se ponía al servicio de la integración, ahora está al servicio de la integridad grupal, pasa a un segundo lugar la supervivencia personal para priorizar la supervivencia del grupo. Esta fuerza heroica que en algún momento velaba por la supervivencia yoica, ha pasado ahora a velar por la supervivencia de un ideal grupal. Así pues, se produce un intercambio de ideales, de promesas y de realización. Al Santiago ayudar a la realización del ideal del grupo está “asegurando” inconscientemente la realización del ideal personal: el deseo de familia y por lo tanto de sostenimiento. No es necesariamente el ideal del grupo, aunque en parte se identifique con él, lo que lo lleva a apoyarlo. Ahora su propio ideal se deposita en el del grupo y al luchar por él se le confiere identidad de combatiente.

Ahora bien, esta no es cualquier familia, esta es una “familia grandecita”, en donde la individualidad se sacrifica en virtud del agrupamiento. La diferencia es anulada y la uniformidad es prioridad, la única diferencia perceptible es la del rango de poder, los que tienen más poder y los que tienen menos poder. Uniformidad que entendida psicológicamente, provee un sentido de unidad y contención a cambio de la particularidad, “en la masa no se siente responsabilidad pero tampoco miedo” (Jung, 1950: 117).

[...] dos días antes de partir al campamento un amigo estaba limpiando una metra hechiza, de repente se le disparó el arma, no supe cómo se le disparó ni cómo serían sus intenciones, sino que se le fueron casi las balas al pie de la caleta del comandante y de una el comandante sacó la pistola de él y le pegó un tiro en la cabeza. Al mirar lo sucedido me sentí un poco asustado, nadie hablaba del tema, los guerrilleros asumían todas las cosas como normales, o como si nada hubiera pasado. (Santiago, 2007: 49)

Impresiona ver cómo en la vida del grupo se va “normalizando” la violencia y se convierte en insignificante la vida y en significativo el poder, “el opuesto lógico del amor es el odio, y el del eros, *phobos* [el miedo]; psicológicamente, sin embargo es la voluntad de poder” (Jung, 1916 [2007]: 63). Ya este principio defensivo que desafecta la experiencia había emergido antes, se encontraba matizado y en función de la preservación psíquica, recuérdese lo que le dice Santiago a un primo que pedía a su madre: “yo le decía que eso no era nada para consolarlo”. Antes este mecanismo servía de consuelo, ahora de justificación, pero su origen se remonta a una insuficiencia o falta del eros.

Santiago huye del grupo armado a una edad aproximada de 15 años y se insertó a los 12. Los motivos para huir fueron los fuertes hostigamientos militares, una fractura en el pie, y el recuerdo de “la muchacha esa, con la que había estado en la última finca” (Santiago, 2007: 55) en la que trabajaba.

Para Santiago la huida del grupo consistió en una desesperada y valerosa fuga a través de las selvas de Colombia, es importante advertir sobre la huida que aquí también tiene una función de cuidado por sí mismo, al respecto dice:

[...] llegué a pensar muchas cosas, todo parecía como una experiencia, un reto, todo era yo, después de estar perdido, salir, incluso ahora pienso y siento orgullo, me siento valiente, siento hasta ganas de llorar, el hecho de pensar que ese que sufría tanto era yo y simplemente pienso en todo eso y no puedo nada más que darle gracias a Dios por estar vivo, porque esto no es un embuste, ésta es mi vida. (Santiago, 2007: 69)

Muestra Santiago cómo se reactiva el sentimiento de unidad después de haber salido del grupo armado. En su narración, este parece ser el momento donde logra recoger su experiencia y valorar su existencia. Además, presenta cierto grado de sensibilización frente a este acontecimiento que perdura incluso hasta la fecha de escribir el libro, aproximadamente cuatro años después.

Consideraciones con respecto al tránsito a la vida cívica

Siguiendo la historia de Santiago y extendiendo algunas de sus experiencias a otros jóvenes excombatientes, es posible concluir que la estructuración anímica que resulta de sus experiencias infantiles y de su propia recursividad para asimilarlas, los acompaña en el paso a la vida cívica y no desaparece al desertar del grupo armado. Al respecto Rethmann informa:

Además sus experiencias de la guerra no acaban dejando las armas, sino que les acompañan permanentemente en la vida civil. La opinión popular, que sugiere una vida sin problemas afuera de la guerra, ignora drásticamente las nuevas coerciones de sus acciones cotidianas que no sólo son limitadas económicamente, sino también siguen caracterizadas por identidades clandestinas. En general, su socialización en la vida civil está marcada por miedo y desconfianza [...]. (Rethmann, 2009: 8-9)

Este miedo y desconfianza ha caracterizado en muchos casos el desarrollo de niñas y niños excombatientes a lo largo de la vida. Es más, sobre estas emociones básicas se han levantado las más fuertes defensas anímicas.

La falta de vínculos saludables (erotizados), de contención y de apego seguros en las primeras experiencias infantiles de niñas y niños excombatientes genera una herida que es celosamente cuidada en su estructuración anímica; en cierta medida, elementos primitivos logran, por así decirlo, auto-erotizar el ego en pro de su supervivencia anímica. La prematura activación de este arquetipo heroico posibilita mantener la cohesión del ego como alternativa psíquica ante la falta de cuidados ambientales en la infancia. La experiencia traumática de abandono y la emoción a ella asociada, es intolerable para el ego y queda condenada a llevar una vida inconsciente en la sombra frente a la cual se instaura un cerco defensivo. De ahí en adelante las conexiones y vinculaciones no son favorecidas y por el contrario, disociar y separar se privilegian como mecanismo defensivo, (evasión y huida). En el grupo armado este mecanismo es sobreexplotado y puesto a fines bélicos acentuando el poder como forma exclusiva de vinculación.

Según estas consideraciones, la atención de los y las jóvenes excombatientes necesita encaminarse a comprender y recibir estas complejas condiciones anímicas que no “cesan su hostilidad”, se sostiene por el contrario, que el conflicto anímico persiste.

Jóvenes, niños y niñas arriban a los programas, todavía custodiados por un arquetipo heroico, el cual se encuentra listo para actuar ante cualquier amenaza perceptible. Con el paso del tiempo en el proyecto, los jóvenes tantean sus relaciones con el entorno, poco a poco parecen entrar

en una confianza que permite cierto desenvolvimiento de su personalidad. Las emociones por tanto tiempo disociadas y des-afectadas empiezan a clarear pujando por diferenciarse, lo que reactiva los ya conocidos métodos de defensa como el de huida y evasión. En otros casos, se perciben padecimientos secretos e inconfesables de estados anímicos perturbadores que impiden conciliar el sueño y dejan fantasías angustiantes comúnmente caracterizadas por persecuciones. En contraste, se observa una fuerza inquebrantable, en donde poco o nada se deja ver el miedo y la inseguridad.

La llegada de los jóvenes a los programas institucionales representa cierta amenaza anímica que solo a través del tiempo y de las relaciones interpersonales que allí se desarrollan puede llegar a matizarse. Es posible entonces que a medida que los jóvenes aumenten su capacidad de confianza (que se revela como su mayor enigma), se perfile un espacio seguro donde puedan exponer-se sentimientos de angustia y experiencias traumáticas en compañía de un otro.

No hay que olvidar que esta confianza intenta ser puesta en cuestión una y otra vez por mecanismos defensivos muy primitivos con la intención de “probar finura”, es decir, prueban permanentemente la calidad de las relaciones. Fácilmente el otro los defrauda con algún detalle que pasa inadvertido, no obstante, se pone a prueba en estos casos el perdón que se está dispuesto a conceder a otros por sus errores, posibilitando un perdón a sí mismos y a sus fracturadas relaciones.

Indudablemente la reflexión se encuentra aún despertando en sus hipótesis y sin embargo es pertinente seguir la reflexión dadas las políticas gubernamentales que con frecuencia, olvidan y promueven el olvido en sus modelos de intervención a niñas, niños y jóvenes excombatientes.

Aquella idealización en los procesos de los jóvenes excombatientes no solo es ingenuo sino además, cuando menos, excluyente. Olvidar que provienen de zonas rurales, de zonas de enfrentamiento bélico, de supervivencias heroicas, de lógicas de poder, de dinámicas de víctima y victimario, es olvidar su historia y negarla en sus nuevos contextos. No escuchar su historia resulta altamente peligroso en tanto no se dispone de un ambiente seguro que permita la expresión y elaboración de contenidos que no han logrado ser integrados. La formación en competencias laborales, en las cuales se invierte tanto esfuerzo para jóvenes excombatientes, resulta ser insuficiente a la hora de competir con un mercado que desconocen y frente al cual se encuentran en clara desventaja. La ciudad y sus mercados, así como los estudios especializados no han sido sus zonas de desarrollo, pretender desarrollarlas en contra del tiempo es una carrera improductiva que se aprecia claramente a su egreso del programa.

La fase de egreso en los programas institucionales sigue siendo problema de discusión, tal vez porque pone al descubierto el abandono al cual se encuentran expuestos y recuerda la fragilidad de los vínculos en su estructuración. Con frecuencia se encuentra que no pueden

regresar a sus lugares de origen por la participación activa de grupos armados que pueden poner en riesgo su vida. Buscan nuevos caminos en ciudades que conocen solo con relativa confianza, manteniendo la comunicación con aquellos otros que más los conocen (familias tutoras, personas del programa), puesto que en la sociedad su historia es anónima. Los problemas que enfrentan los jóvenes a su egreso remiten a la poca capacidad con la que cuentan para enfrentarse a lo que se llama una “vida independiente” en un ambiente social en el cual no han crecido.

Así, cuando aparece la “desprotección” ambiental y se reactivan los sentimientos de orfandad que no lograron ser integrados a la consciencia en un espacio confiable, los antiguos mecanismos de defensa se reactivan, surgiendo nuevamente una protección anímica caracterizada por la defensa ante la amenaza emocional. Cuando las situaciones económicas resultan precarias y se presentan pocas posibilidades laborales, se buscan escenarios que generen ingresos inmediatos por vías ilegales como: grupos delincuenciales, prostitución, tráfico de droga y armamento, etc.

La búsqueda, en términos psicológicos, debe insistir en ofrecer un espacio confiable en donde se promueva la elaboración de algunos contenidos anímicos de carácter amenazante. Es importante advertir que la mayoría de estos contenidos se presentan con una crudeza visceral, que con frecuencia quien los escucha también apela a mecanismos defensivos reproduciendo la negación y el rechazo a tan amenazantes contenidos psíquicos, no obstante, asumir esta posición implica rechazar también sus propias historias vitales, sobre las cuales acontece su estructuración anímica.

Referencias

Guggenbühl-Craig, A. (1980). *El alma vacía y el erotismo insustancial, reflexiones sobre amoralidad y psicopatía*. México: Fatamorgana.

Jung, C. G. (1916 [2007]). Sobre la psicología de lo inconsciente. En C. G. Jung. *Dos escritos sobre psicología analítica* (pp. 7-137). Madrid: Trotta.

_____. (1928 [2007]). Las relaciones entre el yo y lo inconsciente. En C. G. Jung. *Dos escritos sobre psicología analítica* (pp. 141-252). Madrid: Trotta.

_____. (1950). Sobre el renacer. En C. G. Jung (2002). *Los arquetipos y lo inconsciente colectivo* (pp. 105-126). Madrid: Trotta.

_____. (1978). *Psicología y educación*. Buenos Aires: Paidós.

_____. (1995). *Tipos psicológicos*. España: Editorial Sudamericana.

Rethmann, Anne. (2009). Condenados al silencio - Jóvenes excombatientes en Colombia. Independencias - Dependencias - Interdependencias, VI Congreso CEISAL 2010, Toulouse: France. Recuperado de <http://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-00503128/en/>

Sandner, D. y Beebe, J. (1995). Psychopathology and analysis. En M. Stein (ed.). *Jungian Analysis* (pp. 297-348). 2. ed. Chicago: Open Court.

Santiago, L. (2007). *Nacido para triunfar. Testimonio de un adolescente desvinculado de un grupo armado ilegal*. UNICEF. Manizales: Editorial Universidad de Caldas, Colección Arte y Humanidades.

_____. (2011). La lucha del guerrero. *Eleuthera*, 5, 13.

Solomon, H. M. (2007). Love: paradox of Self and other. En *The Self in transformation* (pp. 157-172). London: Karnac Books.